

JOSE GOMEZ DE LA CORTINA.¹

EL DIABLO EN EL BAILE.

En una noche de invierno
A fuerza de arte y paciencia,
Obtuvo el diablo licencia
Para salir del infierno.

Pero como no sabía
Andar por esta ciudad,
No obstante su habilidad
Cada vez más se perdía.

Por fin, cansado de andar
En tan inútil paseo,
Muy cerca del coliseo
Fué con sus huesos á dar;

Cabalmente en ocasión
Que el teatro lleno estaba,
Pues de máscaras se daba
Esa noche una función.

Y viendo que todos cuantos
Con su dinero acudían
Hasta dentro se metían,
Quiso ser uno de tantos.

Dicen que un cuerno pagó,
(Y hubiera pagado cuatro)

1. Conde de la Cortina y de Castro. Nació en México el 9 de Agosto de 1799. Falleció en la misma capital el 6 de Enero de 1860. Fué notable humanista y crítico, y sus obras son muy conocidas en España.

A la puerta del teatro
Por un viejo *dominó*.

Y que empeñó su maleta
En casa de un usurero
Por el preciso dinero
Para alquilar la *careta*.

Luego se cortó las uñas,
Se puso guantes calados,
Y zapatos charolados
Para ocultar las pezuñas;

Y ciñéndose la cola
A modo de cinturón,
De los violines al són
Se fué metiendo en la bola.

Pero como el diablo está
Condenado á padecer,
Todo cuanto empieza á ver
Envidia y pena le da:

Porque luego á la memoria
Le vino el tiempo pasado,
En que antes de su pecado
Era arcángel en la gloria.

Y al ver que entre aquellas gentes
Ningún tormento se sufre,
Ni hay plomo hirviendo ni azufre,
Ni silbidos de serpientes,

Sino música, y no mala,
Y sorbetes y licores,
Y ramilletes de flores,
Y trajes de fiesta y gala;

En todo esto, y más que vió,
Hallaba gran semejanza
Con la bienaventuranza
Que para siempre perdió.

Tan crudamente le ataca
Esta punzante aflicción,
Que le deja sin acción,
Y tieso como una estaca.

En medio de tal bullicio
Hecho el diablo un estafermo,
Unos juzgan que está enfermo,
Otros que ha perdido el juicio;

Y agachadas las orejas,
No echa de ver el cuitado
Que ya el vals han comenzado
Las retozonas parejas.

Éste le da un empellón,
Aquél los callos le estruja,
Y otro un siete le dibuja
Con el pie en el pantalón

Al fin llega á presumir
Que en semejantes festines
Sin duda los bailarines
Buscan un hazme-reir;

Y no queriendo serlo él
Por parecerle ofensivo
Al carácter primitivo
Del refulgente *Luzbel*,

Poco á poco la salida
Con disimulo buscaba,

Cuando de máscara entraba
En el salón mi querida.

Absorto se va tras ella
Con semblante más seguro,
Ya que esta vez no es tan duro
El influjo de su estrella.

Aquel voluptuoso talle,
Aquel pie, más que divino,
Le hicieron perder el tino
Y volverse de la calle.

Y al ver tan bello modelo
Luzbel delante de sí,
Dijo suspirando — *así*
Son los ángeles del cielo.

Luego mi querida habló,
Y su dulcísimo acento
El diablo que estaba atento
Fácilmente percibió;

Y su memoria de un vuelo
Pasó á otros tiempos veloz.
Y dijo — *así era la voz*
De los ángeles del cielo.

En medio de la alegría
De fiesta tan placentera,
No es extraño que riera
Allí la querida mía:

De Luzbel aumenta el duelo
Siempre el recuerdo punzante,
Y el pobre exclama al instante,
Así es la risa en el cielo.

Cediendo á la pesadez
De un machaca subteniente,
Mi querida al fin consiente
En bailar por una vez;

Y apenas marca en el suelo
El primer paso su pie,
Dice Luzbel que lo ve:
Así se pisa en el cielo.

Siguen después las mudanzas
Y la grata confusión
Con que avivan la pasión
Las festivas contradanzas.

Ninguna otra con más celo
Que mi dueño, allí se inflama;
Luzbel la admira y exclama:
Así se baila en el cielo.

Al salón del ambigú
Pasa luego mi querida
Y va siempre perseguida
Del constante Belzebú.

A observarla se prepara
Desde un obscuro rincón,
Esperando la ocasión
De ver su divina cara.

Mas no bien hubo logrado
La apetecida ventura
De gozar de la hermosura
De aquel ángel humanado;

No bien de sus ojos bellos
Que fuego y amor encienden,

Por aquel salón se extienden
Los celestiales destellos,

Cuando Luzbel de improviso
Ve brillar la ardiente espada
Con que defiende la entrada
El ángel del Paraíso.

Ve el celestial resplandor
De mi querida en la frente,
Cuando él en la suya siente
La maldición del Señor.

Y cediendo al fallo eterno
Que en ésta y en la otra vida
Le priva de mi querida,
Huye Luzbel al infierno.

Y en medio del estampido
Con que desapareció,
Dicen que exclamar se oyó:
¡Ay de mí! ¡lo que he perdido!